

La Cámara de Diputados de la Nación

RESUELVE

Conmemorar y rendir homenaje a Felipe Varela, patriota de origen catamarqueño, ferviente defensor y referente del federalismo argentino, con un lugar destacado en la historia regional y nacional, al cumplirse el pasado 4 de junio de 2020 el 150 ° Aniversario de su fallecimiento.

Silvana Micaela Ginocchio, Diputada Nacional, Catamarca

FUNDAMENTOS

Sr. Presidente:

Los fundamentos del presente proyecto son una reproducción textual del EXP 2714-D-2020

La figura de Felipe Varela es desconocida para la mayoría de los argentinos, sin embargo tuvo una muy valiosa colaboración en la historia argentina. Algunas veces su figura aparece distorsionada y negativa, obedeciendo a la falta de un estudio integral de su figura y a un posicionamiento histórico que dividió a los estudiosos de la historia. La preocupación por rescatar su verdadera identidad es obra reciente, el jefe federal vencido en la batalla de Pozo de Vargas, para algunos autores fue un representante típico de la barbarie, carente de ideas y objetivos políticos. No obstante una serie de revisiones históricas realizadas a partir del historiador salteño Atilio Cornejo, se reivindica a Varela y al movimiento que encabezó en 1867, como una verdadera revolución del partido federal, hecha en nombre de Urquiza.

Felipe Varela fue llamado también, por historiadores e investigadores, como El Quijote de los Andes y el Último de los Montoneros.

El escritor Francisco Centeno, quien conoció a Varela cuando tomó Salta, lo describe como, "muy enjuto de carnes como todo criollo puro, criado sobre el caballo", "usaba... largas patillas a la española, ya canosas, de pómulos sobresalientes y de ojos de mirar fuerte". Vestía pantalón-bombacha y chaquetilla militar con alamares y calzaba botas de caballería. Ancho sombrero de campo cubría su cabeza y de cierta gallardía militar.

Nació en el año 1821, en Huaycama, un poblado perteneciente al departamento de Valle Viejo, en la Provincia de Catamarca. Felipe pasó su infancia junto a sus padres, Javier Varela y de Isabel Rearte (también se la referencia bajo el apellido Ruarte)

Perteneció a una familia distinguida y antigua del valle catamarqueño. Sus parientes ocuparon cargos de responsabilidad en el ámbito lugareño y fuera de él.

Armando Bazán sitúa a la familia con presencia en la provincia antes de la fundación de la ciudad. "Sin ser uno de los más antiguos del Tucumán, el apellido Verla tiene presencia en Catamarca desde mitad de siglo XVII, o sea fecha anterior a la definitiva fundación de la ciudad" lo que lo convierte en descendiente de los primeros pobladores y de antiguas y prestigiosas familias del Tucumán con jerarquía principal.

Siguiendo el relato biográfico que surge de "Felipe Varela" libro del Lic. Armando Bazán de destacan los siguientes aspectos de su vida personal: Pasó los primeros años de su vida con la tradicional familia Nieva y Castilla, del Hospicio de San Antonio de Piedra Blanca, de la cual era pariente. Asistió a la muerte de su padre en el combate librado el 8 de septiembre de 1840, sobre la margen derecha del Río del Valle, entre las fuerzas federales invasoras de Santiago del Estero y las unitarias de Catamarca.

Posteriormente se radicó en Guadacol, localidad ubicada en la precordillera riojana, bajo la tutela del comandante Pedro Pascual Castillo, amigo de su padre, allí formó su hogar, con la hija de su protector doña Trinidad Castillo. Se sabe que tuvo varios hijos, llamados Isora, Elmira Bernarda y Javier. Junto a sus suegros se dedicó al engorde de hacienda para los mercados chilenos de Huasco y Copiapó. Estos continuos viajes y el trato con peones y pequeños ganaderos le dieron un amplio conocimiento del paisano humilde de la región y de los vericuetos de la Cordillera, a la que cruzaría varias veces, acrecentando a través del tiempo su prestigio entre la peonada y la gente de campo.

No obstante su estirpe federal, luchó junto a su suegro en la Coalición del Norte contra Rosas, a las órdenes del caudillo Ángel Vicente Peñaloza, quien se había plegado a esa causa por lealtad con el gobernador riojano Tomás Brizuela, jefe de aquel movimiento.

Se creía que había regresado al país después de la caída de Rosas, pero el hallazgo de unos documentos en la ciudad de Chilecito (La Rioja), dan cuenta que al menos en 1848, ya se encontraba en Guadacol, por una carta de fecha 8 de noviembre de ese año y dirigida a doña Solana Villafañez de Eizaguirre, donde le manifiesta que se encontraba en preparativos para viajar a Copiapó y le dice que si algo se le ofrece "puede mandar con toda satisfacción".

Por esos años, el General Varela comenzó amistad con el coronel Tristán Benjamín Dávila, acaudalado vecino de Famatina, quien inicialmente perteneció al partido unitario y después de Caseros se incorporó a los ideales de Urquiza, para posteriormente pasarse, luego de Pavón al mitrismo. Pero no solo eran amigos, sino que se asociaron en negocios. Eran épocas en que catamarqueños y riojanos comercializaban activamente con Chile con arrias de mulas, venta de harinas, aguardientes, vinos, algodón y frutos de la región.

Posteriormente se instala en Copiapó, en octubre de 1855, en Vallenar (Chile) ostentaba el grado de capitán de carabineros, siendo nombrado en esa fecha, ayudante del jefe de la División de Armas, Francisco de la Barrera y revistando como comisario mayor agregado a la plana mayor del 2º escuadrón de Carabineros de Atacama. Con otros oficiales argentinos migrados participó del asedio de La Serena, en defensa del gobierno chileno. Por su diligencia y coraje en la sofocación de la revuelta recibió un sable.

Al finalizar el año 1855, regresa a nuestro país y revista como Teniente Coronel en el Regimiento N°7 de Caballería de línea, que comandaba el coronel Baigorria, destacado en Concepción de Río Cuarto, frontera indígena.

El catamarqueño va ganando prestigio, como lo testimonia haber sido nombrado en mayo de 1857 ayudante del nuevo comisionado de La Rioja, Dr. Nicanor Molinas, que el gobierno de la Confederación había nombrado para reestablecer el orden en esa provincia. En octubre de ese mismo año le comunican su pase a San Juan. También estuvo a las órdenes de Urquiza, ya que en carta del 1º de enero de 1858, le ofrece sus servicios. Durante la decisiva Batalla de Pavón, ocurrida en el mes de septiembre de 1861, Varela luchó bajo las órdenes de Justo

José de Urquiza, y fue allí donde comenzó a destacarse como uno de los caudillos de la Confederación. Un año después, Varela se unió a Peñaloza, participando activamente en la rebelión organizada por el caudillo contra las autoridades nacionales de Buenos Aires. Esto le valió la confianza del Chacho y se convirtió en uno de sus máximos protegidos. Por ese motivo, ese mismo año Varela fue designado Jefe de Policía de la provincia de La Rioja. En 1863, se le encomendó a Felipe Varela la difícil misión de invadir Catamarca, participando de las contiendas conocidas como la Batalla de Las Playas y la Batalla de Lomas Blancas.

No obstante, cuando el 12 de noviembre de ese año, se produce el sangriento asesinato de Peñaloza, Varela debió huir de la región, por lo que decidió refugiarse en Entre Ríos, desde donde nuevamente comenzó a militar bajo las órdenes de Urquiza y volviendo luego al exilio en Chile.

Poco tiempo pasaría para que Varela regresara al país, y ello ocurrió precisamente en 1865, cuando llega a sus oídos el inicio de la Guerra contra el Paraguay, la cual involucró a Uruguay, Argentina, Brasil, y por supuesto Paraguay, en una lucha sin tregua causada por las aún vigentes rivalidades coloniales. Ante la noticia, Felipe Varela decide volver a la Argentina y servir nuevamente a las órdenes de Urquiza. Pero lo cierto es que como les sucedió a otros caudillos, Varela no comprendía cuáles eran los motivos por los cuales debía llevarse adelante una lucha armada contra el hermano pueblo de Paraguay. Por otra parte, el caudillo no toleraba el hecho de efectuar una alianza con el Imperio Brasileiro, el cual en realidad había sido siempre un poderoso y ferviente enemigo de los estados del Plata. Por todo ello, Varela se negó a participar de esta absurda guerra y regresó a Chile.

Mientras tanto, en casi toda la geografía nacional los unitarios habían logrado imponerse frente a los federales, lo que provocó en cierto modo que Varela decidiera finalmente convertirse en una suerte de sucesor del Chacho Peñaloza, convirtiéndose en los años posteriores en el líder indiscutido del alzamiento de las provincias andinas contra el gobierno centralista de Bartolomé Mitre. Fue precisamente a finales del año 1866, que Varela decidió regresar al país y a lo largo de dos años, mantuvo el noroeste del país en permanente rebelión, a través del trabajo realizado por sus tropas, que se encontraban integradas por montoneros argentinos y chilenos. Para ello contó con el apoyo incondicional de algunos de los caudillos federales más importantes de la historia, tales como Ricardo Videla de Mendoza y los hermanos Juan Saá y José Felipe Saá de San Luis.

Fue en ese período que se produjo la llamada Revolución de los Colorados, considerada como el último alzamiento del partido federal argentino en el oeste del país. Aquella revolución no sólo tenía como objetivo liberar a las provincias de los gobiernos centralistas impuestos por el entonces presidente Mitre, sino también dar por terminada la Guerra del Paraguay. En aquella larga batalla, Felipe Varela fue uno de los principales caudillos, que con su lucha finalmente logró liberar a tres provincias del poder unitario.

Felipe Varela dirigía y coordinaba desde La Rioja todos los movimientos revolucionarios. El 4 de marzo de 1867 sus tropas vencieron en la Batalla de Tinogasta. Después de este combate, Varela, que se encontraba rumbo al Norte, contramarcha a La Rioja, donde se desencadenará la Batalla de Pozo de Vargas. En esta acción, llevada a cabo el 10 de abril de 1867, las tropas federales son derrotadas por el General Antonino Taboada. Varela penetró en Catamarca y luego pasó a Salta, ocupando los valles Calchaquíes, obteniendo una victoria en Amaicha, el 29 de agosto, contra las tropas salteñas mandadas por el coronel Pedro José Frías. Este triunfo coloca a Varela como dueño de los valles, a la vez que origina un revuelo en la ciudad. Cuando el gobierno salteño tuvo la noticia de que Varela avanzaba sobre la capital, adoptó de inmediato las medidas para su defensa. Ovejero designó al general boliviano Nicanor Flores, para la defensa de la ciudad. Varela, que contaba con 800 hombres veteranos de una trujinada campaña, sitió la ciudad e intimó a Ovejero la rendición, pero éste la rechazó. Comenzó entonces la batalla de Salta. Pero al cabo de dos horas y media de lucha. Varela quedó dueño de la ciudad. Victoria costosa y efímera para él pues apenas pudo ocupar la plaza durante una hora. Octaviano Navarro, con fuerzas superiores, estaba encima suyo.

Ante esta situación inmediatamente inicia su movimiento hacia el norte toda la harapienta columna, sin pólvora, sin municiones. Los soldados de Varela se dirigen a Jujuy, dispuestos a tomarla a sangre y fuego, si era necesario, con el objeto de buscar en ella el elemento que le les faltaba: la pólvora, para regresar inmediatamente sobre las fuerzas enemigas, del general Navarro, y luego sobre las de Taboada. El gobernador Belaúnde, que contaba con fuerzas suficientes para repeler el ataque, abandonó la ciudad de Jujuy pretextando falta de municiones. Los soldados, entonces, solo efectuaron algunos disparos y huyeron rápidamente ante la presencia de las tropas federales. Así el 13 de octubre de 1867, la columna de Varela ingresa a la ciudad en perfecta formación sin disparar un solo tiro. Al no encontrar pólvora ni los elementos de guerra que necesitaba, nuevamente se pone en marcha y la columna se dirige esta vez a La Tablada, con las fuerzas de Navarro pisándole los talones sin atreverse a atacarlo.

Al comienzo de noviembre en el altiplano, una andrajosa columna, que sólo conserva orgullosamente un par de cañones llevados a tiro, cruza la frontera boliviana. La cruzada federal ha terminado. Varela licencia a sus hombres. Estos heroicos gauchos han soportado incontables calamidades y han seguido a este hombre con una fidelidad admirable. No son muchos los casos como éste en nuestra historia, tampoco los caudillos como Felipe Varela. Despide a sus oficiales, la guerra ha terminado. Ahora es un exiliado.

Sin embargo Felipe Varela, aún a costa de su vida, quiere conjugar la teoría con la acción. Desde Potosí, el 1º de enero de 1868, redacta su famoso "Manifiesto a los Pueblos Americanos, sobre los Acontecimientos Políticos de la República Argentina, en los años de 1866 y 67", donde resalta sus embestidas contra el centralismo porteño y, por ende, contra el gobierno de Bartolomé Mitre, al que acusa de no respetar la Constitución Nacional de 1853. "Combatiré hasta derramar mi última gota de sangre por mi bandera y los principios que ella

ha simbolizado”, expresa el Quijote de los Andes, en una de sus tantas sentencias llenas de coraje y altruismo. Una nueva embestida se inició con el fusilamiento del caudillo riojano Aurelio Zalazar. Varela, indignado, se lanzó nuevamente a la guerra contra el orden mitrista durante la Navidad de 1868. Fue definitivamente derrotado el 12 de enero de 1869, en Pastos Grandes.

Con la derrota de Varela, se cerró el último capítulo de la lucha contra el sistema económico liberal -y contra el orden mitrista, la cara política de dicho sistema- en el Interior.

Varela ya estaba enfermo de tuberculosis y cada vez perdía mayor apoyo, por lo que finalmente debió regresar al exilio chileno, siendo esta la última vez. El 4 de junio de 1870, a la edad de 51 años, la enfermedad acabó con su vida. El gobierno catamarqueño repatrió sus restos, pese a la oposición del Ejecutivo nacional encabezado por Domingo Faustino Sarmiento.

En agosto de 2007, la legislatura de Catamarca solicitó al gobierno nacional el ascenso post-mortem del coronel Felipe Varela al grado de general de la Nación.

En junio de 2012 fue ascendido post-mortem al grado de general de la Nación por la entonces presidente/a Cristina Fernández de Kirchner.

Su figura fue denostada por la historia, sin embargo, podemos ver reflejada su humanidad por su proceder en Tinogasta, La Rioja o Salta, al invitar a su enemigo a combatir en las afueras de los poblados o cuando pide deponer las armas para evitar que la sociedad sea víctima de los horrores de la guerra.

Fue un marido noble, y supo asumir las responsabilidades de esposo, padre, y hermano, aunque la pobreza y el infortunio le jugaran una mala pasada, manteniéndose en contacto con familia a pesar del exilio en Chile, a través de cartas, cuyo análisis denota aquellos caracteres.

La imagen y la justicia de Dios siempre estuvo presente en la existencia del caudillo catamarqueño, sus invocaciones y la entrega de sus atributos guerreros a Nuestra Señora del Rosario de Tilimuqui (La Rioja), la amistad y adhesión de varios sacerdotes a su causa, dan testimonio de sus convicciones religiosas.

Fuentes Consultadas: - Bazán, Armando R. “ Felipe Varela”- Editorial Sarquis 2003.- http://www.ecured.cu/felipe_varela.

Vivió una epopeya apoyado en sus ideales federales, intrépido y valiente, soñó con una patria grande, abrazando la causa americanista y federalista. Siempre estuvo dispuesto a empezar de nuevo.

Como expresa Bazán y haciendo nuestras sus palabras “La arcilla del patriota modeló su corazón... en todas las etapas de su existencia sintió la voz inspirada del amor a la patria que le señalaba el camino a recorrer...” “He allí al Ciudadano probo, al patriota sincero, al soldado

de la ley y de las instituciones que no temió someterse al juicio de la posteridad porque obró con justicia y rectitud", que merece ser reconocido.

Por los fundamentos y consideraciones expuestas es que solicito a mis pares me acompañen con la aprobación del presente proyecto.

Silvana Micaela Ginocchio, Diputada Nacional, Catamarca